

Recuerdos de José Antonio Maravall*

He preferido reducir mi intervención en este acto al campo que designa el vago título de «recuerdos», y no llevar a cabo el análisis de un sector específico del pensamiento de Maravall como han hecho los otros participantes. En primer lugar, porque pienso que mi mejor contribución a la memoria de José Antonio es, justamente, la de hacer más viva, y acaso más vigorosa esa memoria a través de los paralelismos, entrecruzamientos, armonías y desarmonías a lo largo de dos vidas que transcurrieron bastante próximas, a lo largo de cincuenta y ocho años, no sólo por una relación personal, sino por la entrega a tareas intelectuales muy emparentadas entre sí, aunque no pocas veces surgiesen discrepancias y muy importantes, casi siempre al final enriquecedoras, al menos para mí.

Además debo seguir el ejemplo del amigo, quien evocó también recuerdos personales un poco antes de morir, en un acto parecido a éste, bien que más modesto, promovido por los «Amigos de la Rioja» y que se llevó a cabo en el ayuntamiento de la ciudad de Logroño, donde yo nací. Le quedé muy agradecido a José Antonio por la simpatía que ponía de manifiesto al dar cuenta de nuestras andanzas y de nuestras largas estancias en instituciones y corporaciones culturales, en consejos de revista, en el seno de los claustros universitarios o en las sesiones de nuestra Academia de la Historia.

Éramos dos estudiantes provincianos, recién llegados a Madrid, cuando comenzamos nuestro curso, el mes de octubre de 1928, en el viejo caserón de San Bernardo. Recuerdo siempre con emoción el primer día de mi entrada en el zaguán desde el que se divisaba a los dos filósofos griegos y al cardenal fundador, no encajados en sus nichos sino flotando en un ambiente donde la luz se hacía casi táctil por la gran cantidad de granitos de polvo que pululaban. Desde entonces la cultura, especialmente la clásica, tiene para mí un cierto olor a polvo, sobre todo cuando esa primera impresión se vio confirmada, permítanme ustedes esta pedantería, por la actitud de Goethe cuando, bajando en su viaje a Italia por el Puerto del Brenero, al llegar a la zona de polvo, descendió del carruaje en que viajaba y le rindió pleitesía. Testimonio que se vio reafirmado, cuando en Berlín descubrí que contra el imperio de las leyes geográficas, la vieja universidad, presidida por las estatuas de los dos hermanos von Humboldt, también olía a polvo.

* Estas palabras fueron leídas por el autor en el homenaje a José Antonio Maravall celebrado en la Biblioteca Nacional, de Madrid, en 1987.

Son estas cuestiones de las que nunca hablé con Maravall, porque desde muy temprano empezamos a discrepar sobre la validez para nosotros de la Antigüedad. En mi caso, más conservador quizá y menos entusiasta de las excelencias de la modernidad, no podré borrar nunca de mi memoria las melancolías de aquel Hölderlin cuya traducción tanto trabajo y gozo me procuró a la vez. Son melancolías que desazonan no poco, y que no favorecen la unidad interna de la obra de un historiador de nuestros días. De esto da buena prueba, a *sensu contrario*, la sólida trabazón unitaria de la inmensa bibliografía de nuestro amigo.

Recuerda José Antonio dónde y cuándo nos conocimos, coincidiendo mi memoria con la suya en los mínimos detalles. En el Madrid de 1928, además de la feria de libros de ocasión de la Cuesta de Moyano, en la calle de San Bernardo se colocaban próximos a la universidad vendedores con puestos que llevaban encima un ancho cajón lleno de un revuelto de libros. Allí estaban los tomos amarillentos o verduscos de la Colección Universal, también de los Clásicos CIAP, y un buen número de ejemplares de restos de ediciones invendibles, nada menos que de Baroja, Valle Inclán, Azorín, Eugenio d'Ors, sin que dejara de aparecer algún ejemplar precioso en su presentación de *El espectador* de Ortega. Un día tras otro, José Antonio y yo coincidíamos en alguno de estos puestos, revolviendo libros en busca de algo inusitado y sorprendente, como si fuese escaso el valor de las cartas que barajábamos. Los comentarios sobre los libros presentes, las referencias a otros que poseíamos o habíamos leído, fueron haciendo que el nombre familiar con que nos habíamos presentado resultara pronto sustituido por el nombre de pila, naciendo una amistad en aquel ambiente libresco abigarrado y polvoriento, que venía a sugerir unas aficiones en escasa relación de dependencia con los estudios jurídicos que cursábamos.

Era una generación la nuestra que había tenido la buena fortuna de iniciar su formación intelectual coincidiendo con los últimos años, todavía fecundos, de la generación del 98, con la llegada a su plenitud de la generación presidida por Ortega, y la autora de la generación del 27, el año del Centenario de Góngora, cuyo *Polifemo* nos aprendíamos, con todas sus licencias poéticas, de memoria. Nada tiene de extraño que un grupo de amigos fundásemos con nuestro personal peculio *Nueva Revista*, que vendíamos a voces por las calles. No faltaban colaboraciones de grandes poetas, ni tampoco ensayos sobre materias históricas, sociales y políticas, etc., que correspondían con frecuencia a las circunstancias del momento. Maravall continuaría en esa trayectoria, escribiendo pronto en las páginas de los grandes periódicos y revistas, como *El Sol*, la *Revista de Occidente* o *Cruz y Raya*.

El primero de los estudios monográficos de Maravall publicados en 1933 lleva el título «A. Marichalar: Mentira desnuda» (*Revista de Occidente*, n.º 40), y merece un breve comentario, pues Antonio Marichalar mantuvo una estrecha relación personal e intelectual con nuestro amigo. Figura la suya demasiado olvidada, raramente deja de aparecer en las fotografías de la tertulia en la *Revista de Occidente*. Fue personaje clave para la relación de la revista con los grandes escritores franceses e ingleses tras la primera guerra mundial. Muy relacionado con jóvenes, solía darles un sabio consejo: comenzar a escribir y, en llegando a la página diez, romper todas las cuartillas y seguir escribiendo, como si nada hubiese pasado. En cuanto a Maravall, se hizo uno de los colaboradores más asi-

duos de la *Revista de Occidente* entre todos los jóvenes de nuestra generación que empezaban a manejar la pluma.

Salvo algunas reuniones ocasionales en la granja *El Henar* y la asistencia a algunos conciertos o exposiciones, durante los últimos años anteriores a nuestra guerra, José Antonio y yo nos vimos menos por diversas causas. En primer lugar, por mis estudios en universidades alemanas, y luego por la entrega a la preparación de unas oposiciones, como haría también el propio Maravall, para ingresar en alguno de los cuerpos de la Administración Pública, sin que ninguno de los dos nos hayamos arrepentido de los resultados conseguidos a lo largo de nuestras experiencias como funcionarios.

Nos volvimos a ver pronto una vez acabada nuestra guerra. El Instituto de Estudios Políticos, que dirigía Alfonso García Valdecasas, brindaba un ambiente favorable para el desarrollo de la convivencia intelectual. Los nombres de Ramón Carande, Joaquín Garrigues, Melchor Fernández Almagro, Luis Jordana de Pozas, etc., avalaban la orientación del Instituto. Contando con una copiosa biblioteca, José Antonio y yo nos dedicamos a trabajar como investigadores principiantes en el campo común de la historia del pensamiento político, hasta acabar publicando, después de haber dado diversos cursos, sendos libros, casi a la par: *Teoría del Estado en España en el siglo XVII* y *El liberalismo doctrinario*.

Un singular período de convivencia entre Maravall y quien les habla lo constituyen los años que pasamos juntos en París. José Antonio acertó a encauzar el cúmulo de experiencias que una ciudad, París, y un país como Francia podían ofrecer, en el sentido de su decidida vocación intelectual. Viajamos mucho y sistemáticamente, estudiando con no escaso gozo —a veces en compañía tan sabia y entusiasta como la de Lafuente Ferrari—, el nacimiento y desarrollo en torno a París del primer arte gótico. Con Julián Marías recorrimos la Alemania renana. Pero todo el acervo de descubrimientos, entusiásticamente recibidos, no perturbaban la mira esencial de José Antonio. Lo mismo ocurrió en lo relativo a libros y autoridades intelectuales. La librería Vrin, en la plaza de la Sorbona, era centro de confluencia de notables profesores o escritores. Su dueño, un *auvergnat* de simpáticos ojos azules, había conseguido que por su tienda, que servía de base a una seria actividad editorial, desfilaran gentes como Gilson, Lubac, Marcel, Dubarle, Gouhier, etc. Personas cuyo trato resultaba tentador, y José Antonio consiguió administrarlo en función de sus fundamentales objetivos, sin desviarse de la ruta que quería seguir.

Recuerdo una cena en que los dos nos reunimos con Raymond Aron; pronto la dejadez en la conversación y un cierto aire de aburrimiento delataron que el contertulio no le interesaba demasiado a Maravall.

José Antonio sabía muy bien que París seguía ofreciendo escuelas, tendencias, escritores de gran valía, pero que este término —valía— donde verdaderamente encontraba su mejor aplicación, dentro del campo de las ciencias humanas, era en la ciencia histórica, particularmente en la que se había ido desarrollando en torno a la revista *Annales*, con Fernand Braudel como gran figura contemporánea. Y también sabía Maravall que existían en París ciertos historiadores de formación más tradicional, en la línea del pensamiento filosófico-literario, como Marcel Bataillon, persona verdaderamente singular, cuyo trato tantos alicientes brindaba y que resultaría irremplazable. Para bien entender